

ANGEL

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A
MARLENE DIETRICH
CON
MELVYN DOUGLAS Y HERBERT MARSHALL
EN

ANGEL

DIRECCION: ERNST LUBITSCH

(NARRACION NOVELADA DE J. F. T.)

ES UNA PUBLICACION DE

Av. JOSE ANTONIO, 54



TELEFONO 23554 - MADRID

AÑO I NOVIEMBRE 1942 ♦ NUMERO 4

SUCESORES DE RIALTO HERMANOS, S. A. SEDE DE ONCEMOSO REDONDO, 25. MADRID

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRÁFICA



PRESINTADA

MARLENE DIETRICH

CON

MELVYN DOUGLAS Y HERBERT MARSHALL

EN

ANÉE

DIRECCIÓN: ERNST LUGITZCH

[HARRAGION NOVELADA DE LA PELÍCULA]

ES UNA PUBLICACIÓN DE



JEREZINO 3264 - MADRID

A. JOSE VINTONIO 24

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.-PASEO DE ONESIMO REDONDO, 28.-MADRID



...cuando, de repente, la puerta de la salita se abrió y una esbelta figura de mujer apareció ante él.



les se multiplicó en el momento
puntual, duros golpes entre los que
se beso por la noche. Poco
se especia recordación de un
de la cabina francesa.

ANGEL

CAPITULO PRIMERO

Un coche se detuvo ante el número 314 de la rue de la Tour. El taxista, sin devolver el cambio, retenía en la mano el billete de cien francos.

—Merci, monsieur...

Pero el viajero reclamaba la vuelta, puesto que el importe que marcaba el contador era de treinta y cinco francos solamente.

—Trente-cinq, monsieur... Merci, monsieur, merci.

—Bueno, ¿pero no me ha de dar el cambio?—repuso el cliente algo extrañado.

El chofer, haciéndose el desentendido, volvió a insistir:

—Merci, monsieur.

Mientras tanto, las alegremente
que se estrenó su
que para la noche de su hermano
Dijo a sus hijas que lo traerí
do saliendo del cine.

Todos los días se
que, juzgando que el
obligado sin embargo
largo trayecto, el
An Angel es
ulores al que obviamente oírlo la ab

Pretendía, simplemente, quedarse con una espléndida propina, lo restante del cambio, simulando que no entendía otro idioma que el francés.

Los choferes de París son muy hábiles, pensó para sí el ocupante, al ver la ingeniosa manera con que pretendía estafarle. Y dando media vuelta rápida se dirigió hacia el dintel de la puerta haciendo sonar el pulsador del timbre, no sin dirigir antes una chanza al picaresco taxista:

—Merci, monsieur. Que le aproveche...

La voz del chofer volvió a sonar; ahora en correcto inglés:

—¿Quiere usted que le espere, señor?

Mientras tanto, el mayordomo abría al visitante y éste se hizo anunciar bajo el nombre del señor Halton.

—Digale a la duquesa que le trae saludos del capitán Buckler.

Tony fué pasado a una sala de espera lujosamente amueblada, advertido por el mayordomo que dentro de breves instantes sería recibido por la duquesa. Su Alteza Imperial, Ana Dimitrievna, vivía en París desde el exilio ocasionado por la revolución, ocupando este departamento de la rue de la Tour. Sus salones tenían fama en el mundo de la buena sociedad, pues había allí a todas horas un puesto para una mesa de bridge o de bacarrat, un coctail bien servido, y para que nada faltara, la compañía de una mujer agradable y bonita, que sirviera de pareja para el atractivo de los ratos de ocio en que los asistentes que la frecuentaban pudieran distraer su tiempo galantemente. Nadie que se preciara de divertirse en París, dejaba de estar advertido dónde podía encontrar el 314 de la rue de la Tour. Así le ocurría a Tony Halton, que de regreso de la India en una comisión oficial, an-

tes de incorporarse a la metrópoli británica, quería solazarse sus horas de paso por la Ville Lumière, bajo la experta recomendación de su amigo el capitán Buckler.

Comenzaba a inquietarse Tony por la tardanza de la duquesa en recibirle, cuando, de repente, la salita de la estancia donde estaba se abrió y una esbelta figura de mujer apareció ante él. Su belleza rubia se destacaba del marco de un vestido negro de terciopelo, y de toda la figura se desprendía una atrayente serenidad que cautivaba desde el primer momento. La inopinada aparición de esta mujer sorprendió de momento un tanto a Tony, quien, apenas repuesto de la agradable sorpresa, musitó:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes—repuso ingenuamente la aparecida.

Tony, queriendo disimular el buen efecto que le había producido, inició un cortés saludo:

—Gracias por recibirme... Le traigo un saludo del capitán Buckler...

—¿El capitán Buckler?—repitió la mujer como queriendo recordar, al

paso que avanzando con andar majestuoso se adentraba en la salita.

—Sí, el capitán Buckler. ¿No se acuerda usted del capitán Buckler?... Me ha hablado mucho de usted..., y me dijo que si quería divertirme en París viniera derecho a ver a la Gran Duquesa... y por eso estoy aquí.

María, dándose cuenta del error, pero conservando la serenidad para seguir en la simulación que habían ocasionado las circunstancias, comentó amable, mientras tomaba asiento en una butaca:

—¡Ah!, bien. ¿Conque quiere usted divertirse unos días en París? Muy lógico. Pues procuraremos que lo pase usted todo cuanto mejor sea posible. Siéntese, haga el favor. ¡Ya había estado usted antes en París?

—Sí, cuando la guerra—añadió Tony.

—Entonces, ¿estarás usted entusiasmado?

—Oh, claro que lo estoy..., y mucho más al conocerla!—agregó, accentuando la galantería.

—Entonces hay que procurarle que vea lo mejor de París. Déjeme pensar qué podría sugerirle—atajó

Maria, volviendo rápidamente a añadir—: Creo que lo primero que le convendría ver sería el Museo del Louvre. ¿Ha oído hablar de la Mona Lisa?

Tony estaba extrañado de que aquella mujer le propusiera iniciativas como cualquier cicerone o el programa de una agencia de turismo.

—Si, en efecto, sí. Ya creo conocer...

Y María volvió a llevar la conversación por este terreno para no crear una situación de diálogo en el que pudiera deshacerse el equívoco de su personalidad, puesto que su interlocutor, no cabía duda, la había tomado por la Gran Duquesa.

—Pues si no le gusta pintura, no sé; pero me parece que podría indicarle la torre Eiffel, para que la admirase...

—En fin, Alteza—dijo Tony, sin dar ya lugar a dudas sobre su equivocación. Me temo que como siga usted proponiendo ver los monumentos de la ciudad, después de indicarme esta cosa tan alta de hierro, va usted a señalarme alguna cosa así como Notre Dame. Francamente, no

me interesan esas visitas, aunque pudiera usted contarme la historia de cada una de sus piedras. Lo difícil no es visitar los edificios que se puedan ver de día, sino los lugares para pasar las noches...—subrayó decididamente Tony para dar a entender su afán de diversión.

La habilidad de María procuró desviar el resto de esta conversación a un tono de burlesca intriga, proponiendo ahora al señor Halton un plan para una fiesta, mientras él, cada vez más embelesado, acabó por reconocer que con tan bella organizadora, la más ligera ocasión de permanecer a su lado sería bastante para reconocer una gratitud eterna al capitán Buckler, que le había preparado la ocasión de conocer a Duquesa de tanto atractivo y belleza tan seductora.

—Usted perdón, pero tenía de usted una idea distinta, según me la describió Buckler—dijo Tony, admirando con arrobo y deleite de entusiasmo a María, quien se sentía halagada en medio de todo—. Si usted no tuviese inconveniente, yo me atrevería a insinuarle que cenase usted

conmigo. Opino que a mi amigo Buckler tampoco le parecería mal.

—No puedo—dijo seca, pero sin hostilidad, María.

Y tras escuchar la nueva insistencia del joven, que se lamentaba de desperdiciar una noche en la soledad teniendo la fortuna de haber encontrado una tan agradable compañía, María decidió desaparecer de la habitación, siguiendo con ironía la broma:

—Café Danubio... a las diez. Y conste, caballero, que no soy la Gran Duquesa.

La extrañeza que se produjo en Tony al escuchar la aclaración, le dejó inmovilizado en su sitio. Pero aún tuvo tiempo para reponer:

—Entonces, por qué no a las nueve y media?

—A las diez—insistió María, desatada ya una sonrisa por la situación cómica, al par que cerraba la puerta. Con el quicio de la hoja entornado misitó levemente como una consigna que parecía denotar que no había de acudir a esta cita.

—Mejor a las diez menos cuarto.

Y salió. Tony, después de su error



—Ana, estoy en una situación difícil—dijo María a la Gran Duquesa Dimitrievna...



Una czarda se desgranaba desde las cuerdas del violín para caer sobre la mesa con su influjo melancólico y romántico.

se dió cuenta de que aquella mujer no habría de asistir, y lamentó tan favorable conocimiento que, sin embargo, se desvanecía en una ocasión perdida.

Pronto la aparición de la verdadera Duquesa vino a sacarle de dudas. Su Alteza era en todo una mujer completamente distinta a la que había sido su interlocutora unos momentos antes. De más edad, gruesa y con otra apariencia menos atractiva, la nueva visita se extremaba en hacerle halagadora su presencia, mientras Tony lo que pretendía inquirir era el nombre de la persona que acababa de tener ante sus ojos.

La Duquesa sabía perfectamente quién era María, antigua amiga suya, de cuando la Duquesa estuvo en Roma; llevaba ahora muchos años sin verla, y fué sorprendida agradablemente cuando la vió aparecer sin querer dar su nombre. Porque en el transcurso de aquel tiempo, María se había casado, y no frecuentaba la relación de la Duquesa por vivir en Londres, donde su marido era una personalidad relevante de la política, y ahora ocupaba un cargo de im-

portancia en el Gabinete. María acababa de llegar de incógnito a París, aprovechando que su marido se encontraba en Ginebra, con motivo de una reunión de la Liga Petrolifera Europea para la construcción de un *trust*, el más importante que sirviera al abastecimiento del continente sin necesidad de tener que recurrir a la importación norteamericana. Ana sabía todo esto porque María acababa de contárselo en la habitación contigua.

—Ana, estoy en una situación difícil—le había dicho María—. No quiero que se sepa que estoy en París. En realidad, he venido a pedirte consejo, pero no quiero que me cimbrolles con monsergas de lógica y de razones. Tú sabes que dejé, hastiada, a Salvodi, sin casarme con él. De todas maneras, ahora mi matrimonio atraviesa por una época de languidez. Dime qué hay por París. No puedes imaginarte las dificultades que supone viajar cuando se es la mujer de un hombre tan importante como mi marido. En el hotel me pidieron el pasaporte, que estaba a nombre de lady Barker, después de

haber dado yo el de señora Brown para la fecha de inscripción. Pero confío en tu discreción...

Mientras este diálogo se estaba produciendo, Tony llegó a la casa de la Duquesa. Una llamada telefónica interrumpió la conversación de las dos amigas, y María, siempre discreta con los menesteres de Ana, salió de la estancia, topando, sin saberlo, con Tony, quien la había confundido con la gran duquesa Dimitrievna.

Pero Ana, ahora que comprendía cómo había ocurrido todo, no podía

revelar el nombre de su amiga. Se lo impedían su promesa y la hábil facilidad con que estaba acostumbrada a resolver situaciones como ésta en la que nombres de personas conocidas podían verse en graves compromisos. Tony, entonces, se despidió precipitadamente de la Duquesa, y con la alegría bailándose en los ojos salió, todavía esperanzado de que la bella figura de mujer que aquella tarde había hablado con él unos minutos, le esperara a la hora convenida para la cena en el café Danubio.

CAPITULO II

Aquella noche el café Danubio estaba concurrido con la misma élite que de costumbre. Una *czarda* se desgranaba desde las cuerdas del violín del solista para caer sobre la mesa donde una pareja apuraba los postres de su cena. El batir de la cucharilla en la fina copa del helado jugaba como en acorde con las notas dulzonas de la música. Tony y María estaban, al fin, frente a frente. Y del influjo melancólico y romántico de la canción, un cambiar de miradas iba envolviendo a los comensales como un suave aleteo arrullador. Tony acariciaba a María con su mirada, mientras ella parecía absortarse en una grave preocupación.

—Qué linda está canción—dijo por fin María, rompiendo el silencio que les había embargado mientras

escuchaban—. ¿Quiere decir cómo se llama?—inquirió al violinista.

—¡Ah, señora, no lo sé! Acabo de improvisarla para usted —, y para usted, señor — dijo el aludido, mirando a Tony mientras recogía de la mano de éste una propina.

Un vacío de silencio volvió a producirse entre los dos comensales. La corriente de mutua atracción había comenzado a establecerse, y María dijole a Tony:

—Debe usted tener éxito entre las mujeres.

—Por qué dice usted eso? —respondió Tony.

—Debe tenerlo quien escoge una cena tan agradable como ésta.

—¿Entonces quiere decirse que yo
lo tengo con usted?

—; Y por qué no?

—¡Oh, si fuera cierto!

—¿Es que le extraña?—insinuó María.

—Naturalmente—atajó Tony—, desde el momento en que hemos llegado a los postres y nada sabemos aún el uno del otro... No quiere decirme su nombre, y tampoco quiere que yo le diga el mío...

—Qué importan los nombres. Ya convinimos en que tendría mucho mejor sabor esta velada conservando el incógnito. Yo ya sé lo suficiente en cuanto se refiere a usted. Tiene usted bastante atractivo: ojos grises, pelo castaño, una sonrisa encantadora... ¡Qué importa lo demás!

Tony, después de estos elogios, iba sintiendo peligrosamente estrecho el cerco de aquella belleza insinuante, que tan pronto le hechizaba con magnetismo como lo retenía conteniéndole al prolongar el enigma de su personalidad. ¿Será casada?, pensaba. Y por otro lado experimentaba que una sensación de celos se iba apoderando de él al ver conservar en ella una fidelidad íntegra que no dejaba de parecerle peligrosa manteniendo el *flirt* iniciado aquella tarde.

La novela tenía carácter de aventura, pero, en cambio, se mantenía al tono de la más inocente discreción; todo ello sin poder averiguar nada de aquella mujer que había conocido en casa de la Gran Duquesa.

—No trates de indagar—le dijo María—. Puedo, en efecto, ser casada, y que corras peligro con la aparición de mi marido. Puedo ser, acaso, una ladrona, una espía. ¿Quién sabe? Hasta quizás pudiera venir la Policía a detenerme.

—No, nada de eso. Tú no eres nada de eso—replicó rápido Tony, completamente entusiasmado cada minuto que pasaba ante la intriga sostenida por una mujer que acudía a fingir cualquier mentira que la detractase antes que revelar su verdadera personalidad—. Creo sinceramente que eres algo bueno que se pone delante de mí para premiar lo poco de bien que haya podido hacer en mi vida. Con toda mi alma pienso que eres una aparición. Eres un ángel..., ángel, sí. Y así te llamaré ya siempre, para no preguntarte más tu nombre, puesto que sólo me interesas tú, por ti misma: Angel...



—Qué linda es esta canción—dijo por fin María, rompiendo el silencio que les había embargado mientras escuchaban al violinista.



—Con toda mi alma pienso que eres una aparición. Eres un Angel, sí... Angel. Así te llamaré ya siempre.

Maria también comenzaba a sentirse un poco entregada ante la ternura cariñosa que modulaban las palabras encendidas y sinceras de Tony. El idilio era tan enternecedor y soñado, que notaba cada vez más peligroso seguir manteniendo la ilusión de aquel hombre hasta acabar por hacer contagio en la suya y prender una cosa imposible.

Ahora, en el banco de un jardín, la noche iba cayendo con encanto tentador sobre sus cabezas muy juntas. Maria temblaba.

—¿Tienes frío? —le preguntó Tony.

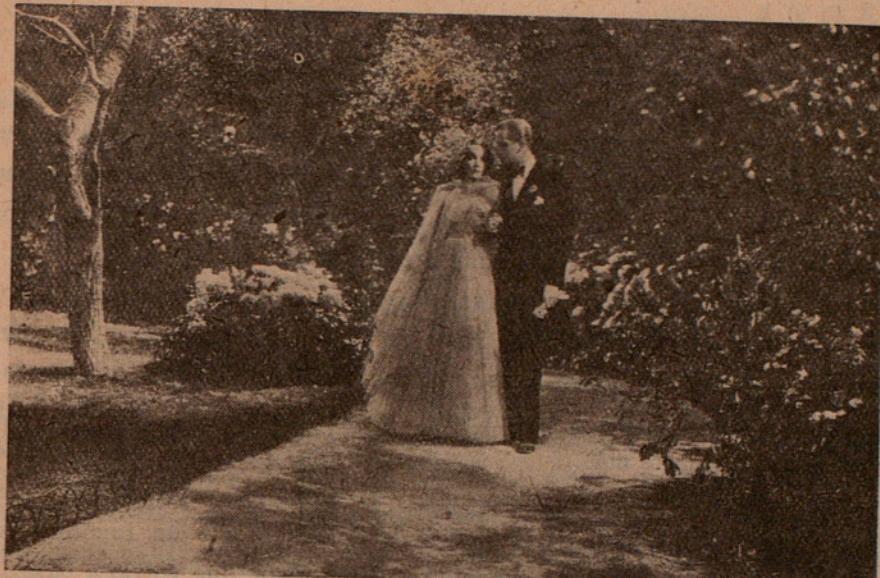
—No. Miedo...

—No será de mí —volvió a responder Tony, para tranquilizarla con su caballerosidad.

Y en realidad es que Maria tenía miedo de sí misma, del peligro de aquel influjo despertado en un instante, seguido por continuar una broma. Toda su vida de aburrimiento marital en la última época se le ponía enfrente, como un incentivo más, para aprovechar el entusiasmo de un hombre que irradiaba una especial atracción de simpatía y un tra-

to como el que ella añoraba de su marido, ahora completamente absorbido en sus ocupaciones de hombre de Estado que no tenía para ella ningún momento. Por otro lado, el peso de conciencia de una infidelidad la retenían a caer en esta tentación provocada tras una escapada de su domicilio para buscar una diversión que ahora le apesadumbraba y temía en sus resultados. Había aceptado la invitación a la cena por burlarse de aquel galanteador femenino que parecía seducir todas sus conquistas con rapidez, y ahora comprendía que no debiera excusarse más, y que si quería evitar todo riesgo habría de abandonarlo inmediatamente, dejándole sin rastro de su persona, puesto que ella volvería a Londres, y él, ni siquiera conocía su nombre.

—Déjame, Tony —repuso—. Por favor. Necesito un poco de tiempo para serenarme. Un par de semanas al menos. Ahora quiero decirte adiós, como pensaba cuando acepté tu invitación. El martes, a las cinco, volveré por casa de la Duquesa... Esperáme. Si no voy, no indagues nada. Y si acudo, tampoco; y no te



Maria también comenzaba a sentirse un poco entregada ante la ternura cariñosa que modulaban las palabras encendidas y sinceras de Tony.



A su llegada a la estación, una nube de reporteros gráficos asaltó su efígie tirándole varias placas.

preguntaré a ti nada, e iré contigo adonde tú me pidas. ¿Entonces me perdonarías? Olvidame. Anda, prométemelo.

—No, Angel. Es una promesa que no puedo darte porque no estoy seguro de poderla cumplir. No me importa más averiguar quién seas, y no lo haré. Sólo sé que... te quiero y no podré olvidarte más...

Una florista viejecita irrumpió en el parterre con su cestillo de fragantes paquetitos. Eran violetas sencillas y humildes. Símbolo del amor, y ofrenda que Tony estimó la más delicada para sellar en aquel momento sus palabras anteriores. Al ver a la florista que las mostraba incitadora, salió corriendo por un ramo para ofrendárselo a María. Cogió presuroso un ramito y volvió hacia el banco para ponerlo en sus manos. Su pareja había desaparecido...

—¡Angel, Angel..., Angel!—clamó estentórea la voz de Tony, ras-

gando en la noche toda su amargura por haber perdido una mujer a quien acababa de declararle su amor, y que ahora se le desvanecía como una sombra.

Tony se quedó como si un golpe seco se hubiera desprendido sobre su cabeza. No podía explicarse nada de aquel proceder y tan inesperada desaparición. El banco estaba vacío...

A sus pies cayeron las violetas deshojadas como un ramillete roto.

La florista, que volvió a pasar, las recogió sencillamente, y con una mueca de no apparentar comprender aquella escena, las sacudió con ligereza y las depositó de nuevo en su canastillo para ofrecérselas a otra pareja más afortunada. La figura de Tony se fué perdiendo entre las sombras, y el nombre de Angel, que había desgarrado por tres veces la quietud de la noche, se lo devolvía el eco como un murmullo que zumbara en su cabeza.

CAPITULO III

Los periódicos anunciaban aquel día el triunfo de sir Frederick en Ginebra, donde había conseguido, aun con la oposición de varios delegados extranjeros, la constitución del Gran Trust Petrolífero Continental. Amplias biografías y reseñas de su actuación le presentaban al país como el más hábil diplomático y economista entendido en materia del mercado de exportaciones.

A su llegada a la estación, una nube de reporteros gráficos asaltó su estatua, tirándole diversas placas antes de tomar el automóvil que le había de llevar a su domicilio. Pero sir Frederick se negó a prestar declaración alguna, retirándose a descansar.

Sir Frederick, el marido de María, era un hombre por entero consagra-

do a las actividades de su cargo, en el cual estaba alcanzando renombrados éxitos consecutivos, siendo muy estimado por los miembros de la política conservadora inglesa. Sir Frederick era el hombre apacible y absorto en sus muchas ocupaciones. Los teléfonos le reclamaban a cualquier hora del día y de la noche, y apenas tenía tiempo de dedicar su atención a los deberes de sociedad para con su mujer. Mas sir Frederick estaba totalmente enamorado de ella. Casado desde hacía algunos años, al no tener hijos el matrimonio se deslizó para sir Frederick como un remanso doméstico del que él se hubiera complacido si su constante atención por las actividades financieras no le hubiera absorto por completo.

María estaba por todo ello un poco disgustada de que su marido, sin dejar de quererla, la tuviese algo relegada de las solicitudes con que ella hubiese aspirado que se dedicase a acompañarla y amenizar su vida.

Sir Frederick, ajeno a todo esto, iba a su casa pensando encontrar a María, que le esperaría solícita dentro de aquella residencia señorial, en un castillo inglés que poseían a las afueras de Londres. Al llegar, mandó retirarse a todo el servicio y se dirigió inmediatamente a sus habitaciones particulares. Entretanto Wilton, su ayuda de cámara, y Graham, el mayordomo de la casa, comentaban elogiosamente el triunfo de su señor en aquel viaje.

Sir Frederick, mientras se desnudaba, lamentó con tristeza no encontrar a su mujer en el dormitorio conyugal, y deduciendo que, por su ausencia, María estuviera en su habitación íntima, fué a visitarla, encontrándola plácidamente entregada al sueño. Una sonrisa tranquilizadora se dibujó en sir Frederick, quien se resignó a acostarse solo para no interrumpir la beatífica actitud de su

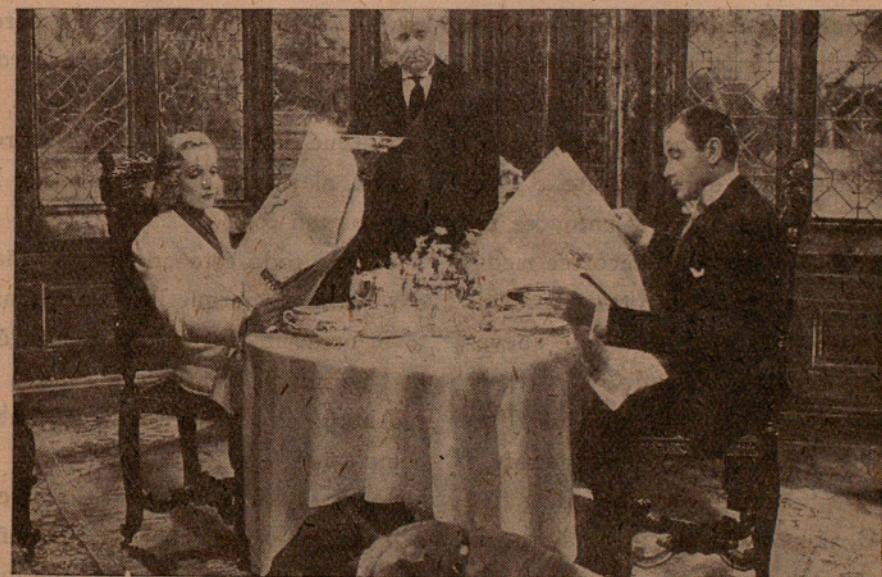
esposa. María, efectivamente, irradiaba belleza, y su serena actitud de dormida, mientras de la espuma de encajes y sedas de la ropa de cama surgía el halo vaporoso de su cabellera rubia, le infundió una sensación de respeto que obligó a no contubar su sueño. Sir Frederick se acostó turbado por el cansancio, y pronto apagó la luz para quedar enteramente entregado al sueño.

De madrugada, el aviso del ayuda de cámara golpeando con los nudillos en la puerta de la habitación, interrumpió el sueño de María. Ella, somnolienta aún, recogió de manos del criado un telegrama que venía a nombre de sir Frederick. Por este indicio comprendió María que su marido se encontraba ya en casa, de regreso del viaje de negocios. Entonces se dirigió a la cama matrimonial, y a oscuras tropezó con el cuerpo de su marido, que reposaba plácidamente. Sir Frederick se despertó sobresaltado balbuceando:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¡Oh!... María ahogó un grito de extrañeza, y sir Frederick, ya despierto, repuso:



—Era un telegrama que trajeron para ti. No lo he abierto—prosiguió María—. Ahí está encima de la mesa.



A la mañana siguiente sir Frederick y María desayunaban como de costumbre, cada uno con su periódico en la mano.

—Hola, querida... No te quise despertar... Estabas durmiendo cuando yo llegué. Te estuve mirando largo rato... y tenías una expresión divina.

—Estaría soñando—dijo María para disculpar su falta de diligencia en esperar a su marido.

—¿Soñabas conmigo, acaso?—añadió sir Frederick, ilusionado con una respuesta amable.

María, solicitó replicó:

—¡Oh! Claro que sí. Soñaba que tenías un gran éxito en tus asuntos y que yo te veía en el Congreso, triunfador, mientras iba a buscarte luciendo el más espléndido modelo de París. Al verme entrar, me miraban todos los delegados, pero yo fui derecha a ti y quise besarte... Pero tú seguías hablando, y entonces me marché... y me fui a recorrer medio mundo para regresar otra vez adonde tú estabas..., y en él que nuevamente seguías hablando.

—¿Y qué más?—replicó sir Frederick, completamente intrigado.

—Entonces te arranqué de allí... —prosiguió María, inventando un sueño que era toda una asociación

de imágenes en su charla fantosa—. Te llevé a París... Paseamos por un parque de noche..., y tenía frío..., miedo...

—¡Ah! ¿Pero no sería de mí? —añadió sir Frederick.

Maria sintió una ligera conturbación al notar que había descrito inconscientemente su aventura de la noche pasada. Entonces rectificó la visión de su sueño simulado, sin que sir Frederick se diera cuenta, inventando de nuevo:

—¡Oh, no, perdona... me he confundido! Eso lo soñé anoche. ¿Cómo era?... Sí, ya recuerdo... Te perdí en París... Después sólo recuerdo que tú, en casa, me pegabas.

—¡Qué barbaridad!—dijo sir Frederick, alarmado de que su mujer lo creyese tan cruel.

—Pero todo esto era grato—añadió María—, porque luego empezaste a besarme, y era una sensación más agradable que nunca...

Ahora sir Frederick escuchaba complacido.

—Pero en este momento llamaron a la puerta y me desperté. El sueño se desvaneció. Era un telegrama que



—¡Qué bonito es esto!—dijo sir Frederick escuchándola con atención...



Sir Davington le abordó entonces, y le recordó que el sábado a la una y media le esperaba para almorzar con un grupo de gente distinguida...

traían para ti: está ahí, encima de la mesa. No lo he abierto porque supuse que era de negocios. No me importa que me hayan despertado —añadió, mimosa, María—, pues ahora ya te tengo a ti al lado mío. ¡Cuánto me alegra de que hayas vuelto!

Sir Frederick, a pesar de lo agradable de la conversación con su esposa, en cuanto oyó que tenía un telegrama, prescindió de todo y se dirigió a él, excusándose de que le perdonara por tener que atender a unas noticias que, según su criterio, le impedían prolongar la grata conversación con su esposa.

María comprendió una vez más que el amor de su esposo no toleraba anteponerse a cualquiera de sus preocupaciones personales, puesto que ellas serían atendidas con preferencia a toda otra divagación sentimental.

A la mañana siguiente, sir Frederick y María desayunaban, como de costumbre, cada uno con su periódico en la mano, ante la presencia del ayuda de cámara, que aprovechó un momento del servicio para comuni-

carles la noticia de su próximo matrimonio. Wilton trató de halagar a sus señores diciendo que él se casaba por amor, inducido con el ejemplo de felicidad que le mostraba la vida de matrimonio entre sir Frederick y su esposa lady Barker, que no era otra que María.

María y sir Frederick tuvieron entonces entre sí una mirada de inteligencia, y comprendieron que su amor de esposos era demasiado plácido para ser absolutamente feliz. Con una conversación intencionada por lo alusiva, estuvieron buscándose motivos de reproche que siempre resultaban vanos e insuficientes, porque ambos tenían el convencimiento común de que se sentían muy dichosos.

—Deberíamos pensar que no encontramos nunca motivos de disputa—dijo sir Frederick—. Tú no tienes celos de mí, y a mí nunca se me ocurre encontrar ocasión para dejar de seguir suponiendo que eres un ángel.

María disimuló un mohín de sorpresa al volver a oír mencionar esta palabra, y entonces, intencio-

nadamente, contestó a su esposo:

—Pero suponte que hay alguien enamorado de *mi...* y que yo estoy loca por él. Que decidí abandonarte y que tengo hecho hasta mi equipaje.

Con la característica flema inglesa, sir Frederick contestó, dejando completamente sorprendida a su esposa:

—Desde luego, nada de eso es imposible. Tú eres una mujer lo suficientemente atractiva... Pero tal cosa no sería por mí parte un motivo para reñir..., porque aunque lo hiciese, en todo caso sería tarde. Ya ves que es un fracaso el que tú y yo queramos distanciarnos—dijo sir Frederick absoluta y plenamente convencido de la seguridad de María, y añadió:

—Decididamente hemos de aceptar este hecho..., que somos una pareja irremisiblemente feliz.

María se levantó de la mesa y, obsesionada por el recuerdo, dirigiéndose al piano, comenzó a plagiar en sus notas la melodía de la *czarda* que había escuchado en el café Danubio.

—Qué bonito es esto!—dijo sir

Frederick escuchándola con atención.

—¡Ah!, sí... Lo acabo de improvisar.

—¿Por qué no sigues?—repuso su marido.

—Porque estas cosas, que se empiezan inopinadamente con acierto, no se sabe cómo han de acabar, y en realidad, cuando el principio es tan magnífico, no importa que se descubran los finales, ya que, a lo mejor, no somos capaces de seguir conservando su encanto...

La doble significación de estas palabras que en María eran un *ritornello* de sus horas anteriores, pasaron totalmente inadvertidas en su intención para sir Frederick, quien, queriendo complacer a su esposa con algún recuerdo grato de los tiempos de su noviazgo, comenzó a teclear en el piano la antigua partitura del viejo "vals de las olas". Con ello evocaba en María los tiempos en que iniciaron su feliz idilio en Viena, a cuya ciudad hubiera querido María volver con sir Frederick para revivir aquel pasado y borrar de su mente la mala tentación que la asaltaba desde su última escapada a París.

CAPITULO IV

¿Qué le ocurriría aquella tarde a lady Barker en las carreras, que de pronto se disculpó fingiendo sentirse indisposta y abandonó la tribuna? Su mayordomo, Wilton, que estaba acompañado de Emma, la doncella con quien se había desposado, no quitaba ojo a su señora, y se extrañó de que abandonase la fiesta tan inopinadamente. En realidad, María estaba guapísima tocada con su pamela negra y con un vestido de gasa que realzaba su belleza rubia. Wilton, admirado, le enseñaba con los prismáticos a Emma, para que la contemplase desde la entrada general.

María abandonó las carreras, y haciéndose acompañar de su marido, sir Frederick, le dijo al chófer

que la llevase a casa, cuando las carreras de caballos estaban en todo su apogeo. Ni apostó ni pareció preocuparse de ninguna otra atención, sino de haber visto a alguna persona que la contrariaba. Mientras sir Frederick la acompañó hasta el coche, le interrogaba extrañado:

—¿Qué te pasa, María? ¿Te encuentras mal?

—No, gracias. Es algo de jaqueca; déjame. Puedes quedarte con tus amigos. Creo que se me pasará acostándome un momento.

Un fotógrafo abordó a la pareja, y obtuvo una instantánea de sir Frederick, el hombre importante que llenaba diariamente las revistas de la Prensa. María no se quiso dejar retratar, y desapareció, mientras sir

Frederick volvía al pesaje y a tomar boletos para apostar por el favorito de la *challenge*. Sir Davington le abordó entonces y le recordó que el sábado, a la una y media, le esperaba para almorzar con un grupo de gente distinguida: diplomáticos, personalidades de la Banca y algún elemento oficial, pero en una reunión privada.

—Adiós, y que aciertes con "Huracán"—dijo al despedirse, mientras sir Frederick se dirigía a su puesto en la tribuna para presenciar la salida de la interesante competición.

—Adiós, Davington.

—Buena suerte, Frederick...

Disuelto el grupo, Tony Halton se acercó a Davington y le saludó afectuosamente.

—Hombre, por cierto—le dijo este último—, creo que tú tampoco dejarás de asistir a ese almuerzo. Irán el duque de Amesbury, lord de Edi-rindorouhg y el embajador argentino. Unos veinte en total.

—Gracias—repuso Halton—. No faltaré, en efecto.

La comida transcurrió cordialmente. A la hora del café, Tony y sir Frederick coincidieron, y aquél se dirigió a Barker para felicitarle:

—Me es grata esta oportunidad de encontrarle—le dijo.

—Pero, perdón—repuso sir Frederick—. No recuerdo de dónde le conozco. Son tan agitados estos tiempos. Davington ya me ha dicho que es usted huésped suyo... y que viene usted de la India.

—Mas a pesar de eso, no sabe quién soy. Permitame que me presente yo mismo. En cierta ocasión, sir Frederick, usted me robó un abrigo...

Extrañado Barker, quiso atajar la intempestiva manera de Tony Halton; pero éste, sin darle lugar a terminar prosiguió:

—Pero yo le despojé a usted de un par de guantes.

La cosa era cómica, pero parecía un poco de intriga misteriosa entre aquellos dos hombres. En este momento, Tony aclaró ya el equívoco.

—Si, míster Barker. ¿No recuerda usted de esta anécdota de guerra? Aunque usted y yo no servimos en

el mismo batallón, una circunstancia común nos reunió allá por los años 16 y 17 en París...

—¡Caramba! —dijo sir Frederick—. Yo estaba en el tercer batallón del regimiento Warisckshire. ¿Y usted?...

—Yo en el de Lesbers...

El conocimiento provenía, por tanto, de antiguo entre aquellos dos personajes. Una novia común en los tiempos de combatientes, cuando disfrutaban de sus licencias de permiso en París, les sirvió para conocerse.

Ahora hacía mucho tiempo que no se habían vuelto a encontrar. Sir Frederick y Halton usaban en aquel tiempo los nombres de Puchy y Snuky, respectivamente. Eran dos compañeros de armas y sólo los unía el hecho de enamorar a la misma modistilla parisina, Paulette Fou-chardiere, que vivía en un tercer piso frecuentado por ellos. Halton le hizo un día a sir Frederick retrasarse más de lo debido, y a ello debió la feliz circunstancia de salvar su vida, pues, de lo contrario, hubiera sido trasladado con su batallón, y sufriendo el arresto consiguiente se li-bró de la escaramuza que si no le arrebatara la vida.

Al recordar todas estas incidencias, y para celebrar la fortuita casualidad de haberse encontrado, sir Frederick y Halton brindaron por ella con unas copas, reanudando la amistad interrumpida y preguntándose mutuamente por sus actuales derroteros. Halton estaba soltero; en cambio, sir Frederick hacía algún tiempo que se había casado con una joven que conoció en Viena, con la que era muy feliz. La conversación se prolongó para dar lugar a que los dos viejos amigos se contaran todas sus últimas peripecias, acaecidas desde el largo tiempo que no se veian. Halton manifestó a sir Frederick la admiración que le inspiraba la brillante carrera y el puesto tan destacado que había obtenido en las altas esferas del país. Por su parte, le relató todas sus últimas aventuras y el interés que le había despertado cierta dama incógnita que acababa de conocer en París. Fué una fugaz aparición angelical que le había dejado gratamente impresionado, y por quien no vacilaría en buscarla hasta

dar con ella donde fuera. No pudo averiguar su nombre ni su origen, pero aunque el lugar donde la conociera no fuese el sitio más a propósito, como eran los salones de la duquesa Dimitriewna, Halton se hallaba tan entusiasmado que no podía concebir a aquella mujer sino como una gran dama. Sir Frederick le escuchó interesado, y se creyó en el deber de aconsejar a su amigo que no se dejara deslumbrar por una posible aventura equívoca que estuviera a punto de conturbar su carrera. Despues de un estrecho abrazo, tras de haber brindado repetidas veces, los dos amigos se despidieron, y sir Frederick invitó a Halton para que le acompañara a almorzar al dia siguiente a su casa.

—Ahora he de irme; perdóname —le dijo—. Mi mujer me está esperando para que la acompañe a la Opera. No dejes de venir mañana. Sir Frederick y lady Barker, momentos más tarde, se encontraban ocupando su palco del Nacional Theatre. Sir Frederick se encontraba satisfecho al lado de su esposa, cuya belleza realzaba más la pre-

sencia de su compañía, causando la admiración.

El uno, por la fama de su personalidad, y María por ser la mujer más llamativa y vistosa de Londres, que estaba casada con un hombre de excelente posición y gran porvenir. Su aparición en el teatro suscitó comentarios, al par que sir Frederick correspondía a las salutaciones que le hacían, con inclinaciones a la duquesa de Lanskisre, a mister Cunningham o Mary Glubock.

—Has despertado la admiración —dijo sir Frederick a su esposa—. Todos te miran... y uno se siente orgulloso de su mujer cuando ésta es digna como tú...

Más tarde, sir Frederick relató a su esposa el hallazgo que había tenido aquella tarde con Halton. Dijo, como comentario, que le encontraba muy enamorado por una mujer que no debia merecer importancia, cuando la había encontrado en una sala de té, en París. El tono despectivo con que sir Frederick daba por juzgada la conducta y la opinión sobre la mujer que había tropezado Tony hirieron a María en lo más profun-

do de su alma; pero, prudentemente, calló todo parecer, y con un tono de alarma e intriga preguntó a su marido:

—¿Y dices que vendrá mañana a comer con nosotros? Me gustará conocerlo...

—Sí, es un gran muchacho. Ha dado a su historia un tono excesiva-

mente romántico. Me habló de una noche en el parque..., de un ramo de violetas y que la dama había desaparecido...

Ya no se volvió a hablar más de este tema. El entreacto había terminado, y sir Frederick y su esposa se enfrascaron en los primeros acordes de *El barbero*.

CAPITULUM

Cuando apareció Halton por el umbral de la puerta de sir Frederick María estaba terminando de arreglarse para bajar al comedor.

—Sabes, Tony—le dijo sir Frederick—, hacia muchísimo tiempo que no bebía tanto como ayer tarde. Pero ¡cuánto me alegro de que no hayas dejado de venir!

—A mí me ocurre lo mismo—agregó Tony—; tienes una casa que es un palacio. Ya me parece ahora como si no hubiéramos dejado de frecuentar nuestro trato. Te repito que siento una gran simpatía por ti, y te admiro en lo que conozco de ti a través de la Prensa.

—Ayer he pensado mucho sobre tu caso. Se lo conté a mi mujer. Ahora bajará. Y creo que su consejo no ha de venirte mal; ya sabes que en

ULO V. esto de razonar con los enamorados,
ellas tienen gran práctica... porque
me temo que tú lo estés... *Llegó la noche*

—No lo sé—prosiguió Tony—. Puede que sea más que amor, o que no lleve a amor.

—Y bien, ¿cómo te explicas eso?
Los dos amigos bebieron un sorbo
de agua.

—No lo sé—volvió a decir To-

ny—. Hay veces que se produce un cierto sentimiento. Algo, por ejemplo, como un secreto que, establecido entre dos personas, a nadie más que a ellas dos pertenece. En fin, algo que no podrías... Hombre, Barker, ¿tú no has perdido nunca la cabeza por una mujer? ¿No has sentido haber encontrado al fin tu ideal?...

La conversación quedó interrumpida porque el criado subió a adver-

tir a lady Baker que el señor y el invitado estaban esperándola. Sir Frederick y Halton, con sus dos distintos conceptos sobre la vida y el amor, filosofaban en este respecto mientras Tony admiraba las obras de arte de la casa, y entre ellas un retrato de María, en el que estaba irradiante de toda su juventud y esplendorosa belleza.

María apareció en este momento en el *hall*, y sir Frederick se apresuró a presentarla a su amigo. Una vez que se hubo excusado de haberles interrumpido su conversación, María aceptó con ellos un aperitivo, y Tony, sin dar crédito al parecido extraordinario que lady Barker tenía con la mujer incógnita de su aventura en París, la observaba calladamente, queriendo descubrir en ella su adorada aparición fugaz, que ahora tomaba cuerpo de presencia real en la persona de la esposa de su amigo.

Tal coincidencia le tenía muy intrigado, pero no se hubiera atrevido a demostrar la más mínima señal de extrañeza en aquella situación que le exigía todo el dominio de su serenidad.

dad para contener la extraña sensación de aquel encuentro en este lugar.

María, también reponiéndose con diplomacia, ofreció un cigarrillo a mister Halton, y dirigiéndose a él le dijo:

—Parece ser que cuando llegué hablaban ustedes de algo interesante, ¿no? Como viejos amigos, tendrán muchas cosas que comentar. Sobre todo, los temas eternos...

—Si—dijo sir Frederick—, y sobre todo uno de ellos: el amor. Sólo que Tony y yo apreciamos las cosas de una manera distinta.

—¿Piensa usted quedarse mucho tiempo en Londres?—dijo lady Barker para desviar aquel tema—. Ahora vamos a tener campeonatos de *tennis*, y además el *ballet*. Ha tenido usted suerte; ésta es la mejor época del año.

—Yo pensaba marcharme pronto a París—dijo reticente Halton para tratar de sugerir algún recuerdo en María que le suscitara un indicio.

—Pues nosotros—contestó María, indiferente—no podremos permanecer aquí mucho tiempo por ahora,

porque mi marido proyecta un viaje...

Tony pensaba replicar ahora que las circunstancias le habían hecho modificar sus planes, pero la oportuna intervención del ayuda de cámara anunciando que la comida estaba servida despejó las dificultades de violenta situación que estaba envolviendo a los interlocutores, especialmente a María y Tony Halton.

La comida se deslizó inocua para sir Frederick, pero lady Barker y Halton apenas probaron bocado, causando la extrañeza del mozo de comedor y del ayuda de cámara, quienes comentaban con asombro la devolución de los platos intactos.

—Es raro que la señora no haga más que migas de pan sobre el mantel. Ya he tenido que cepillar dos veces la mesa. Debe de estar muy nerviosa. El *rosbiff* no lo ha tocado.

—¿Qué ocurre?

—Sin duda que habrá desayunado tarde.

—Yo creo—terció el ayuda de cámara—que es que le debe aburrir la conversación de ese Halton. No sabe hablar de otra cosa más que de

A N G E L

París y de la torre Eiffel. Ha dicho que conoce de una persona que sabe la historia de todas las piedras de Notre Dame...

Como se ve, Halton no dejaba de aludir indirectamente a los motivos de su conversación con Angel en París.

El recuerdo le obsesionaba, y ante la presencia de lady Barker quería revivir en María la figura enigmática y fascinadora de su acompañante de una noche del jardín. Ninguno de los dos pudo comer, sosteniendo este juego al que sir Frederick asistía inocentemente, sin dar pábulo a la sospecha, hasta el extremo de ser él mismo quien lo suscitara rogando a Halton que narrara otra vez ante su mujer el sucedido que acababa de acontecerle en París...

Terminado el almuerzo, pasaron al salón a hacer un poco de música.

Halton interpretó al piano, de una manera maravillosa, una de las Polonesas de Chopin, mientras sir Barker le escuchaba con admiración, y María, extática, contemplaba absorta el arrebato pasional que Tony po-

nía en el piano como arrancándole acentos de súplica y de desprecio simultáneamente. Tony parecía tocar para ella tan sólo, dirigiéndole en este lenguaje de la música todo el reproche que delante de su marido no podía hacer para reconvenirla.

Cuando terminó, sir Frederick le felicitó con efusión, rogando más tarde a María que ejecutase también la pieza que él le sorprendió tocando días antes.

Era precisamente aquella, la melodía que lady Barker escuchó en París, que le obsesionaba con su recuerdo cuando se la oyó su marido. Pero ahora no podía repetirla ante aquel con quien por primera vez la escuchó. María se excusó de hacerlo diciendo que se le había olvidado, puesto que fué en un rapto de inspiración cuando la tocó.

Tony, hábilmente, aprovechó la oportunidad para recalcar:

—Yo también oí una tonada deliciosa en París..., y me gustaría recordarla.

Tarareándola ya con toda malicia, quiso con ella lanzar como una contraseña a los oídos de María para

que no le negase que ella era Angel, la mujer tan buscada por él.

Con tanta desenvoltura como rapidez supo desembarazarse de la situación María irrumpiendo rápidamente en el piano con las primeras notas del "vals de las olas".

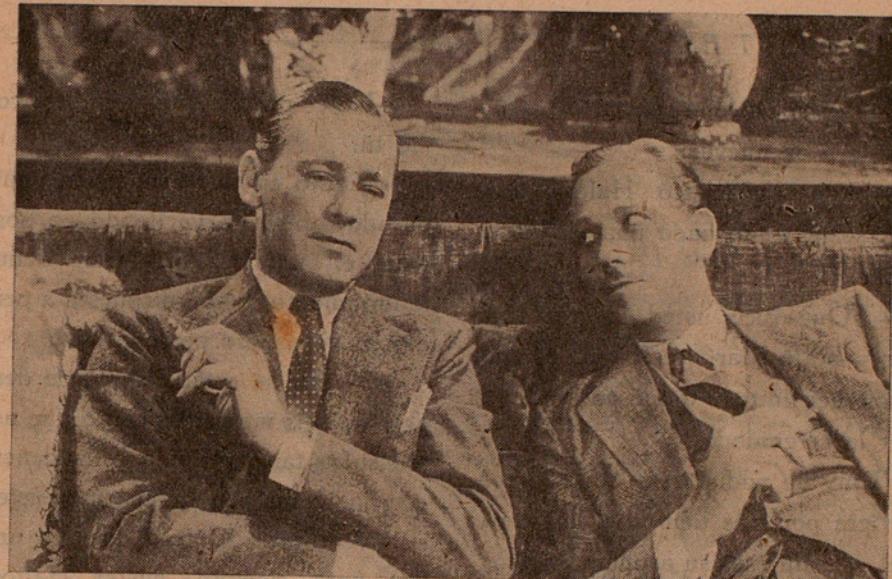
—Vamos, no se molesten ustedes tanto. Descansen la imaginación. ¿No les gusta más este vals?

El mayordomo llamó a sir Barker para un recado del teléfono. Tony escuchaba maravillado de la entereza de María, que ya le parecía de un alarde de rígido cinismo, cuando ésta, sorprendida por notar la falta de su esposo y encontrarse bajo la mirada del desconocido, subrayó:

—Este es un vals que lo oí por primera vez bailando con Frederick. Me recuerda Viena. ¿No le parece a usted, Halton, que es muy buena su melodía?

Tony, audaz y decidido, trató de aprovechar el momento en que se encontraban solos para dejar caer ligeramente sobre el oído de lady Barker estas palabras:

—Hola, Angel...



—No lo sé—volvió a decir Frederick—. Hay veces que se produce un cierto sentimiento. Algo, por ejemplo, como un secreto...



—Verdaderamente, me he equivocado. Usted no es un Angel—repuso Halton con rabia contenida.

—¿Cómo dice?—replicó María dándose de nuevas.

—Angel—machacó Halton, esta vez sosteniendo cada una de las sílabas.

—¿Qué dice usted, míster Halton?—atajó María, esforzándose por mantener un tono digno para no perder la serenidad.

Tony no podía creer que ella sostuviera por más tiempo el doble papel, y manifestó su asombro:

—Parece increíble...

—El qué?

—El encontrarte aquí..., en esta casa. El que seas la mujer de él. Parece un mal sueño después de aquello.

—Yo no le entiendo a usted, míster Halton—pronunció seca y rotunda la voz de María, haciendo especial hincapié en el tono y el tratamiento, para indicar que anulaba toda confianza con su interlocutor.

Tony prosiguió:

—El que no te entiende soy yo a ti. Estamos solos, Angel. ¿Hasta cuándo vas a seguir esta comedia? No me digas que te confundo. No...

—No es posible que haya otra como tú.

—Insisto en que está usted equivocado—dijo, ya vacilando en sostener el engaño María, pero denotando que no estaba dispuesta a perder su verdadera personalidad.

—Yo no he estado en París desde hace seis meses. Lamento que usted sufra tan tremenda coincidencia con la dama con quien tuvo usted su aventura... Quiero que de una vez para siempre, míster Halton, acabemos con este equívoco. Míreme—le dijo retadora—, y estoy segura que se dará cuenta de que yo soy lady Barker... y nadie más...

Comprendió Tony lo escabroso de esta insistencia con la manera que le comunicaba María para que perdiera toda ilusión sobre ella, y entonces rectificó sus palabras:

—Verdaderamente... hubiera jurado... El parecido es asombroso. El pelo es idéntico, los ojos..., la piel, sus labios... Pero escuchándola a usted empiezo a notar la diferencia... Perdóneme, pero...

Y con rabia contenida añadió:

—Usted no es Angel.

María rectificó tranquilizada:

—Me alegro de que se haya convencido..., aunque opino, míster Halton, que este parecido mantendrá siempre entre nosotros una situación molesta. Creo que para mi propia tranquilidad no debería usted volver por esta casa...

La exclusión era definitiva. María tenía miedo de si misma otra vez, y quería conciliar de este modo una solución provechosa.

Tony la devolvió para decirle reticente...

—Tenga usted cuidado, lady Barker. Su casa es preciosa. Una de esas casas que sueñan tener todas las mujeres. Debe usted ser muy feliz—apoyó pensando en cerrar con estas palabras todo el estado de ánimo que ya había observado invadir a María.

Esta encendió un cigarrillo, como queriendo atrincherarse en su nervosismo, y pudo contestar aún, dando aspecto seguro:

—Lo soy.

Entonces Tony volvió al piano, y con los dedos de la mano derecha, plagió simplemente las notas de la

melodía del violinista del café Danubio.

El conjuro hizo su efecto. María volvió la cabeza, atemorizada de que aquella música pudiera descubrirla.

—No se asuste... No lo tocaré... Jamás lo tocaré... Ni espere oírlo nunca.

María respiró de nuevo. Estaba vencida.

—Gracias—dijo.

—¡María!—repuso Tony al verla transfigurarse de nuevo y considerándola un tanto castigada.

Pero lady Barker se rehizo y apostrófó ahora a Tony en voz baja, como en una confidencia:

—Te dije en París que no me buscas... ni me reconocieses, si es que volvías a encontrarme... Ha de olvidarse todo.

—Y yo te contesté que era una promesa difícil de cumplir, porque te quería y te quiero, María. Pero las circunstancias han sido quien me ha separado la suerte de verte a ver—agregó Tony completamente entusiasmado.

Y con una súplica insistente afirmó:

—Ya no te apartarás de mí...
María, digna y entera, replicó:

—Lucharé con todos los medios si intentas destruir mi hogar.

Tony no vaciló ahora en dirigirle punzantes reproches a lady Barker por aquella conducta extraña y tan sin sentido, siendo una mujer casada, que daba lugar en París a aquel comportamiento mientras ocultaba su verdadera situación y personalidad. Estrechando más sus requerimientos le dijo:

—¿Es que tú no te has enamorado nunca?

—De ti, no—dijo María—. Nunca te dije eso..., nunca. ¿No recuerdas lo que te dije?.. Te hablé de tu atractivo y de tus condiciones. Por eso te ruego que te vayas... Tu presencia es un peligro para mi hogar... Vete, por Dios.

Tony había comprendido ahora la enorme lucha que se ventilaba en el corazón de María. Su temor a la infidelidad se debatía contra el principio de entusiasmo que empezaba a sentir por él, y en el cual se jugaba el riesgo de traicionar a su marido, que era un amigo de él. Así comen-

zó a perdonar a María su aventura inocente que, sin embargo, había puesto entre los dos la chispa de una pasión que podía hacer arder a todos. María quería dar término al estado de aquella situación enojosa antes de que la presencia de su marido provocase un desenlace cruento para todos, en el que pudiera descubrirse su mal paso. Y llamando al ayuda de cámara reclamó la presencia de sir Frederick, quien, enfrascado con sus conferencias en el despacho, había abandonado a lady Barker y su amigo en una prolongada sobremesa. Sir Frederick acudió sin terminar de dejar resueltos sus asuntos, y María pretextó en seguida que Halton anunciaba su despedida.

—¡Cuánto lo siento!—dijo sir Frederick—. Perdóname, Tony; me llamaron por teléfono. ¿Pero tan tarde es ya? ¿Por qué no te quedas un momento?

La conversación se volvió a deslizar entre los tres con cumplidos mutuos, recelando María una indiscreción de Tony, la que procuró salvar anticipándose ella en hablar nuevamente de Angel:



—Por la más bella anfitriona, usted, lady Barker—dijo Halton levantando su copa para brindar.



—Pero ¿por qué he de ser yo Angel?... ¿Cómo podía estar tan loca?...

—Antes de despedirnos—dijo—, brindemos una copa por nuestro amigo... y por Angel. ¿No sabes, Frederick? Cuando tú te marchaste me ha contado tu amigo el caso que le ocurrió en París. Es una historia interesante, que termina por intrigar. Además, el entusiasmo de Halton la describe tan bien que es una pena que te hayas perdido un relato tan maravilloso.

—¡Oh, por Dios!—dijo Halton sobreponiéndose—. Ustedes me confunden presentándome como un poeta, pero es que por lo visto les interesa una descripción como la de un detective...

—Si—dijo sir Frederick.— Describenla tal como era. A mí no me lo has contado nunca.

Con gran habilidad empezó Tony a dar un minucioso detalle de cómo era Angel, en cuyo juego María temblaba ante que su parecido pudiera dar un indicio. Burlonamente prosiguió Tony relatando, pero envolvía en sus palabras un cierto misterio lleno de elogios para la figura de la mujer. Cuando llegó al color del pelo, con gran habilidad desfiguró por

completo a María, que era a quien estaba mirando al hacer la descripción, y la pintó morena. María volvió a sosegarse, y dirigió una mirada de agradecimiento a Halton por su oportuna discreción. De lo contrario, el más ajeno a la conversación hubiera identificado a María con el personaje que describía Halton. En aquel peligroso juego de sobreentendidos, sir Frederick asistía como un espectador imparcial y sin malicia a un problema en el que se debatía su propio honor con la más sutil de las maquinaciones. Al terminar Halton su curiosa intervención, tomó la copa y, ofreciendo el brindis a María, dijo para celebrar el haber salido bien de aquel torneo:

—Por la más bella anfitriona... Usted, lady Barker.

Seguidamente se despidió, y sir Frederick volvió a salir a su despacho, reclamado por una nueva conferencia. Este momento lo aprovechó Halton para, entre las cortesías de su despedida, rogar de lady Barker que le diera una última palabra de esperanza.

—Mi consejo, señor Halton—dijo

Maria—, es que Angel no está exenta de culpa, pero creo que debe usted perdonarla, y luego olvidarla...

Tony, ya en la puerta, mientras besaba cortésmente la mano de lady Barker, dejó caer su última palabra incitadora y apremiante.

—Me marcheo a París... Estaré allí el miércoles.

—Es inútil—agregó en voz baja María.

—De todas maneras, estaré en casa de la Duquesa a las cinco, el miércoles... Iré con anticipación—fueron ya en tono bajo las palabras de su última frase, mientras sir Frederick venía presuroso para despedirle.

—Adiós, Tony...

En la casa de sir Frederick una atmósfera extraña había quedado flotando...

CAPITULO VI

En el momento que sir Barker y su esposa se quedaron a solas comenzaron a estudiar las posibilidades de su proyectado viaje. María se solazaba de entusiasmo pensando que ésta sería la oportunidad de que lo imprevisto viniera a acometerla y que la tentación de ir a París la tentara de nuevo, donde Halton estaría esperándola. Por otro lado, sir Frederick exponía a lady Barker que una contingencia inesperada reclamaba su presencia en Ginebra. De todas maneras, el paso por París, como era de unas horas tan sólo, podría permitirle a María que se comprase algunos vestidos. No quería él tampoco desistir de su viaje a Viena, puesto que tanta ilusión hacia a su esposa, y lo que pretendía era aprovechar la circunstancia para di-

rigirse allí una vez terminada su intervención donde era precisado.

Sir Frederick, por no dejar de complacer a su esposa, quien, además, parecía molestarse de que el viaje se malograra, comunicó con la Compañía, sugerido por el secretario, para que pusieran a su disposición un avión particular. De esta manera, él no tendría que personarse nuevamente en Ginebra, y resolvería desde París las gestiones que le eran precisas. Entretanto, María podía hacer sus compras, y una vez resuelto todo satisfactoriamente saldrían juntos, por tren, a Viena. Tomando el teléfono, púsose al habla con la Imperial Aérea:

—¿Es el 2046? Si, la Compañía Aérea... Con el gerente. Aquí, sir Frederick Barker... Es sobre el avión

particular... ¿Cómo dice? ¿Que ese avión es el mismo que usó lady Barker la semana pasada?...

Un ramalazo de sospecha y una inesperada sensación de congoja invadió a sir Frederick al oír estas últimas palabras que le comunicaba la voz del auricular. No queriendo dar crédito, colgó el aparato. Entonces comenzó a recapacitar. Su esposa había estado en París, y él lo ignoraba. ¿Cómo no se lo habría dicho? Deduciendo, vino a sacar en consecuencia que fué durante el transcurso de su último viaje a Ginebra; es decir, la semana pasada. Luego comenzaron a bailar en su cabeza las conversaciones posteriores. Todo el proceso de relato sobre Angel y lo inusitado del aparente desinterés que había suscitado en su mujer el comentario de la noche de la Ópera. La indiferencia con que le había dicho conocer ligeramente de oídas el nombre de la duquesa Dimitriewna, cuando él le habló de la aventura de Halton en París. Hasta el sueño que María le contara la noche de su regreso parecía tener ahora para sir Frederick un significado extraño que

le atormentaba de dudas. Fingiendo pasar desapercibido por todo ello, volvió a pedir el número de la Compañía:

—Dice usted que ese avión que me han ofrecido es tan bueno. Pues mi esposa me asegura que no es tan rápido. Ya veremos si tarda la hora y tres cuartos... Gracias. Pues bien; resérvenmelo...

Ya no le cabía duda a sir Frederick. Su esposa había estado en París sola, pues la Compañía le aclaraba que era ella misma quien había alquilado el aparato. De una manera inesperada vino a descubrir un secreto que ella no le revelara. ¿Por qué habría tenido interés en ocultárselo?, se preguntaba ahora sir Barker extrañado. De nuevo volvía todo el tema de Angel a reconstruirse con detalles mortificantes, sobre todo cuando Halton hizo la descripción de la mujer que tanto se le parecía a su esposa.

Premeditadamente planeó su viaje. María vendría con él para no hacerle abrigar la sospecha de que dudaba y tenía proyecto de hacer investigaciones. Para mejor cerciorarse

del paradero de Halton, telefoneó a casa de lord Davington, que era donde se hospedaba. En efecto, el auricular le transmitió en seguida el sonido de un piano desde donde se escuchaba tocar la misma sonata apasionada que acababa de oír la tarde anterior. De aquí al miércoles todavía tiene tiempo—pensó sir Frederick no desterrando la idea de que Halton volvería a París rápidamente en busca de su encantada figura de Angel. El ignoraba que para aquél mismo día había concertado su cita con lady Barker, pero de todas maneras, sir Frederick ya estaba prevenido.

De nuevo un taxi, como la semana anterior, se volvía a detener ante el número 314 de la rue de la Tour, la casa de la gran duquesa Dimitriewna. Ahora era sir Frederick quien se apeaba. Inmediatamente se hizo anunciar al mayordomo con su nombre, y a los pocos momentos era recibido por la duquesa Ana. No eran más que algunos minutos sobre las cinco. La Duquesa apareció en el salón.

—Soy la gran duquesa Ana... tanto gusto.

Sir Frederick comenzó en seguida a exponer el objeto de su visita:

—Tendría especial interés en conocer el encanto de estos salones que he oído mencionar hace poco en una reunión.

La Duquesa ignoraba qué podría pretender el visitante, e intentó ofrecerle alguno de los alicientes de su casa. Sir Frederick repuso:

—Yo intentaría que usted me presentase a cierta dama cuya descripción me llegó a interesar, pero de la cual no tengo más referencia que la de un nombre extraño. Creo recordar que dijeron Angel al aludirla...

La duquesa Ana, que acababa de estar hablando con Tony Halton, oía por segunda vez este nombre en el transcurso de breves minutos. Halton, conforme a lo convenido, esperaba a su vez en un salóncito contiguo a esta misma persona. Se estaba creando, por tanto, una situación peligrosa. La duquesa Ana lo comprendió rápidamente y trató de evadir el conflicto que pudiera ocasionar la presentación de su amiga. Momentos

antes, Halton le había dicho que esperaba ver allí a Angel, y que ya le parecía tardanza la falta de puntualidad en su presencia. Discretamente, la duquesa replicó a sir Frederick: —A pesar de mi excelente memoria, no consigo poder identificar a la dama a quien usted busca con ese nombre.

Sir Frederick apremiaba con estas palabras:

—Trate usted de refrescar. A ver si éste la puede ayudar. Yo ayudaría generosamente a cualquier institución benéfica que le parezca... O quizás sería mejor poner esta ayuda a su disposición...

La duquesa pasó a sir Frederick a otro salón al objeto de evitar encuentros. Pretextando la visita de su anciana tía Sonnia, que le acababa de anunciar el mayordomo, salió rápidamente de la estancia, con la intención de advertir a María por si aún era tiempo.

Sir Frederick se quedó nervioso esperando en la sala donde había sido recibido por la Duquesa. Pronto se abrió la puerta, y la figura de su mujer apareció ante él:

—Hola, Frederick.

—Hola, María—dijo sir Frederick más excitado que sorprendido, tratando de dominar sus nervios—. ¡No es raro que nos encontremos aquí?

—Sí, muy raro—dijo María con aparente serenidad—. Y tú, ¿a qué has venido?

Sir Frederick contestó:

—Por simple curiosidad... Me interesaba acabar de conocer a la mujer descrita como Angel...; sobre todo me intrigaba mucho averiguar si Angel era morena.

—¡Oh, Frederick! ¡Eso es fantástico! ¡De modo que te quedas en París..., y en vez de asistir a tu junta abandonas tus negocios para averiguar si una mujer es morena? No lo hubiera podido creer—dijo María sosteniendo en su rostro una hábil sonrisa frívola, mezcla de coquetería y desenfado, para salvar aquella situación tan apremiante, en la que su marido ventilaba una duda sobre ella. Su interés no dejaba de halagarla, pero, al mismo tiempo, temía que éste juzgara mal su conducta anterior y la repudiara. Sir Frederick dijo nuevamente:

—En realidad, tú qué crees, ¿que Angel es morena o rubia?

—Según la describió Halton... ¡O es que no te acuerdas? Coincidía mucho también conmigo aquella figura de mujer que a él le tenía tan preocupado, y como nunca había visto mi doble... Yo también he venido aquí, picada en mi curiosidad, para averiguar... Ya ves, cosas de mujer; tenía herida la vanidad de saber que hubiera otra persona igual que yo en el mundo.

Sir Frederick estaba atónito de la sangre fría de lady Barker, pero como sus nervios eran más acuciantes que su propio dominio de la corrección, interrogó, excitado ya, a María:

—¿La has visto?—le dijo—. ¿Se parece a ti?...

—Sí—contestó María impávida—. Por cierto que está a punto, en esa otra sala. Es exacta a mí.

Sir Frederick ya no se pudo contener más, y abordando resueltamente a María le preguntó por lo que venía siendo el motivo de todas estas vacilaciones y sospechas que parecían conturbarle.

—Oye, María: tú viniste a París hace días.

—Sí; es cierto—replicó la aludida.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Me preguntaste acaso? ¿Cuándo me preguntas?... ¿Me preguntas algo cuando vuelves de Ginebra... de tus negocios... de tus juntas... de tus congresos... de tus bancos...? ¿Di, me preguntas algo?

María todavía parecía reprochar a su marido por el abandono a que la tenía sometida. Este comenzaba a comprender que la causa de que su mujer hubiera caído en una tentación no debía achacársela más que a él mismo; pero entre celoso y defraudado por la ocultación que ella tuvo, seguía insistiéndole, ahora suplicante:

—Pero ¿por qué no me dijiste que habías venido? ¿Qué te indujo a ocultarme tu viaje? ¿Qué motivó tu silencio?... Y, sobre todo, ¿de qué conoces tú a esa gran duquesa Ana?

María comprendió el gran cariño que su esposo sentía hacia ella. Había vivido demasiado plácidamente confiado en su cariño, sin comprender que ella no había dejado de

ser joven, y que, por tanto, no podía resignarse al relegamiento de tener la postergada con su decidida preferencia a las ocupaciones de la política y los negocios.

—Frederick, estás nervioso. ¿De veras te interesa lo que yo hago? ¡Tienes celos?

Frederick, sin escucharla, se lamentaba en un soliloquio:

—Pensar que mi esposa que era mi orgullo, en quien confiaba..., haya estado en entredicho con una aventurera vulgar! ¡Así es que tú eras Angel, la enigmática desconocida que distrajo las horas de un extranjero en París!...

Maria le replicó rápidamente para hacerle renacer la confianza:

—Pero por qué he de ser yo Angel?... ¿Cómo podía estar tan loca? ¡Por qué había de hacer eso?... ¡No tengo un hogar amable..., un marido célebre..., una posición social?... ¡Qué más puede pedir una mujer?... ¡Por qué había de ser Angel?... ¡Por qué razón, di?

Sir Frederick ya no atendía a estas consideraciones de su mujer. Sus palabras le sonaban como el temor

del delincuente, que sólo suplica para no perder la libertad, y no sabe disculpar de otra manera la condenación. Sir Frederick, avanzando unos pasos, se dirigió a la puerta de la sala donde acabara de decir Maria que se encontraba Angel. Su decisión podía ser terminante, y comprendiéndolo así María, trató de impedirlo.

—Escucha, Frederick. Si pasas esa puerta, nuestro matrimonio habrá acabado, porque si encuentras a Angel ahí, ya en ese caso te habrás convencido de que no era yo; pero yo entonces nunca podría olvidar que dudaste de mí.

—Y si no la encontrase?—dijo Frederick angustiado.

—En ese caso, también me abandonarás. Pero, por otro lado, si no entras, siempre te quedará una duda, porque los celos no te harán tan seguro de ti..., ni de mí..., y quizás sea lo mejor.

Sir Frederick, mientras estas últimas palabras vibraban todavía en el aire, había pasado el umbral de la estancia, y María, por su parte, entrando también en la otra sala, descubrió a Halton que estaba esperán-

dola. Este, un poco extrañado de la forma en que se habían desarrollado los acontecimientos, la miró, a la vez que ella le interpelaba:

—¿Quién le había dicho que había venido?

—Sé que Frederick está aquí —dijo Halton, como interrogando cuál habría de ser la solución que diera María a este triple encuentro, adoptando su decisión por uno de los dos.

Sir Frederick volvió de la estancia y se encontró con la presencia de su mujer y Tony. Ya nada le quedaba que comprobar. Pero con un dominio de sí mismo, supo saludar a Tony y decirle:

—Hola, Tony... ¿Sabes? La historia de esa pobre Angel me interesó tanto, que... quise conocerla... y... ya la he visto.

Después, dirigiéndose a María, con

una mirada comprensiva en la que había un infinito perdón, le dijo:

—Oye, María... En unos momentos he pensado más en nuestro matrimonio que en tantos años de casados. Ahora sólo sé decirte una cosa: el tren para Viena sale a las diez. Yo... no sé si te gustará ir a Viena... Tienes tiempo para pensarlo—añadió, mientras consultaba su reloj.— Bien... Yo ya le he dicho adiós a Angel..., y eso has de hacer tú, María, si decides venir a la estación...

Y cogiendo su sombrero, tras de saludar brevemente a Halton, sir Frederick se encaminó hacia la puerta de salida de la casa de la duquesa Dimitriewna.

Antes de que llegara al umbral, María se echó la echarpe sobre sus hombros, y cogiéndose del brazo de su marido, salieron ambos juntos por la puerta.

RELACION DE TITULOS DE LA

NOVELA CINE - RIALTO

ADQUIRIDOS EN FIRME POR ESTA EDITORIAL
Y QUE IRAN APARECIENDO EN BREVE

PELICULAS EXTRANJERAS

LA OCTAVA MUJER DE BARBA AZUL.—Claudette Colbert, Gary Cooper, Edward Everett Horton.

SI YO FUERU REY.—Ronald Colman, Frances Dee, Basil Rathbone.

TRAFICO EN DIAMANTES.—George Brent, Isa Miranda.

ALMAS EN EL MAR.—Gary Cooper, George Raft, Frances Dee.

REMBRANT.—Charles Laughton.

MEDIANOCHE.—Claudette Colbert, Don Ameche, John Barrymore, Frances Lederer.

LA PRINCESA DE LA SELVA.—Dorothy Lamour, Ray Milland, Akim Tamiroff.

RECUERDO DE UNA NOCHE.—Bárbara Stanwyk, Fred Mac Murray.

LA ENCONTRE EN PARIS.—Claudette Colbert, Melvyn Douglas.

MANDO SECRETO.—Claire Trevor, John Wayne, Walter Pidgeón.

BROMAS ANGELICALES.—Binnie Barnes, Gilbert Roland, Mary Lee.

EL SECRETO DEL DOCTOR.—Chester Morris, Jane Wyatt, Charles Bickford.

EN LA JUNGLA DEL TERROR.—Frances Gifford, Tom Neal.

EL MISTERIOSO DOCTOR SATAN.—Edward Ciannelli, Robert Wilcox.

LA CARAVANA DEL OESTE.—Chester Morris, Anita Louise.

DESFILE SOBRE EL HIELO.—Dorothy Lewis, James Ellison.

LA AMISTAD TRAICIONADA.—Lloyd Nolan, Lola Lane.

EL CAPITAN MARVEL.—Tom Tyler, Franck Cohlan Jr.

LAS EDUCANDAS DE SAINT-CYR.—Vanna Vanin, María Jacobini.

EL PRISIONERO DE ZENDA.—Ronald Colman, Madeleine Carroll.

UN HOMBRE EN PARIS.—Barry B. Barnes, Valerie Hobson, Alastair Sim.

PARAISO PARA DOS.—Patricia Ellis, Jack Hulbert.

SOBRE LA LUNA.—Merle Oberón.

ARCA DE ORO.—James Stewart, Paulette Goddard.

ONDAS MISTERIOSAS.—Lawrence Olivier, Valerie Hobson.

PELICULAS ESPAÑOLAS

MADRID DE MIS SUEÑOS.—María Mercader, Roberto Rey, Tony D'Algí.

LOS MISTERIOS DE TANGER.—Estrellita Castro, Manuel Luna.

LA PRINCESA TAOKUM.—Alfredo Mayo y Amparito Rivelles.

DILEMA.—José Nieto, Luchi Soto, Manuel Arbó.

IDILIO EN MALLORCA.—Antoñita Colomé, Luis Arroyo.

ELOISA ESTA DEBAJO DE UN ALMENDRO.—De Enrique Jardiel Poncela.

EL PADRE GUAPO.—De Adolfo Torrado.

EL FRENTE DE LOS SUSPIROS.—Alfredo Mayo, Pastora Peña, Antoñita Colomé, Fernando Fernández de Córdoba, Manuel Arbó.—Dirección: Juan de Orduña.

INTRIGA.—Blanca de Silos, Julio Peña, Manolo Morán.—Dirección: Antonio Román.

CORREO DE INDIAS.—Conchita Montes, Julio Peña.—Dirección: Edgar Neville.

